



¡Queridos!

Este año, mi Carta a la Orden coincide con el comienzo del Año de la Vida Consagrada, en el que el Papa y la Iglesia nos piden recordar con agradecimiento el pasado, vivir con pasión el presente y abrazar el futuro con esperanza. Un año, por lo tanto, durante el que será importante, para cada uno de nosotros y para las comunidades, profundizar en la conciencia de nuestra vocación de seguir a Cristo más de cerca en la forma particular de vida consagrada que es nuestro carisma cisterciense.

Lo que me mueve a través de esta carta es el iniciar junto con vosotros un trabajo y un camino de profundización de nuestra vocación, volviendo a las fuentes, porque solo de esta manera una familia religiosa, que en el largo camino de su historia se ha enriquecido, pero también se ha diversificado y dispersado, puede encontrar la frescura de los inicios. Un carisma, siendo don del Espíritu, no envejece nunca, pero con frecuencia, en las personas y en las comunidades, se entibieza su frescura, pierde sabor, fervor, pasión. Como dice el Espíritu a la Iglesia de Éfeso, que aun siendo fiel y generosa: "Tengo que reprocharte que has abandonado el amor primero" (Ap 2,4).

Cuando perdemos la pasión por el presente de nuestra vocación, no conseguimos mirar al pasado con agradecimiento, ni al futuro con esperanza, porque solo lo que arde en el presente da razón, fundamento y realidad al agradecimiento y a la esperanza. El agradecimiento por el pasado y la esperanza por el futuro son sentimientos que brotan de la pasión por el presente. La pasión por el presente contiene y alimenta el agradecimiento y la esperanza. Una pareja de esposos que se ama hoy con pasión, agradece su pasado y mira con esperanza hacia el futuro. Por el contrario, una pareja en la que el amor no arde ya, piensa en el pasado con nostalgia y añoranza, y en el futuro con temor, o soñando tiempos mejores.

La verdadera pregunta que tenemos que plantearnos, la única pregunta importante para vivir con plenitud la vida consagrada, como toda vida cristiana, es entonces la de cómo podemos vivir hoy nuestra vocación con pasión. Sólo de ahí se reaviva la llama del agradecimiento y de la esperanza.

El encuentro

Con frecuencia se limita el “primer amor” al enamoramiento. Pero cuando el Apocalipsis habla del “primer amor”, más que a un sentimiento, se refiere a un encuentro. El encuentro es mayor y más profundo que el enamoramiento, porque el encuentro es un acontecimiento en el que lo que cuenta son ante todo las personas. Si hoy suele suceder que los lazos familiares y comunitarios no duran, es quizá porque se concibe la fidelidad como una cuestión de sentimientos más que como una relación con las personas a las que se está unido. Toda vocación, sin embargo, requiere una fidelidad a la persona o a las personas a las que la misma vocación nos entrega y nos pide pertenecer.

La vocación religiosa implica una pertenencia estrecha al Señor Jesús, una fidelidad a “estar con Él” (Mc 3,14), y a estar con las personas a través de las cuales se nos entrega para obedecerle y amarlo en lo concreto de su Cuerpo eclesial. San Benito es muy claro al señalar a quien es llamado a la vida monástica la exigencia de “no anteponer nada absolutamente a Cristo” (RB 72,11), pero dentro de la obediencia a un abad y la pertenencia estable y fraterna a una comunidad.

Cuando se es fiel en el seguimiento personal de Cristo, y en las personas que para nosotros lo representan, el sentimiento, más que el origen, es el fruto de la misma fidelidad. Si al comienzo de la Regla san Benito pide una obediencia al abad “sin demora”, casi mecánica (RB 5,1), al final pide “amarlo con sincera y humilde caridad” (72,10). Si pide una relación entre los hermanos jerárquicamente ordenada de servicio y obediencia recíprocos (RB 63), el éxito debe ser que “vivan castamente con un amor de fraternidad” (72,8). La fidelidad a las personas produce la ternura, que no es el amor ciego que idealiza al otro, sino la verdadera madurez de la relación crecida en un camino de conocimiento recíproco y perdón mutuo.

También la fidelidad a Cristo madura así, haciéndose cada vez más afectiva. El Maestro, el Rabí que se ha seguido al principio (cfr. Jn 1,38), se convierte en el Amigo, el Esposo que al ser encontrado completa la vida de toda persona y de la humanidad entera (cfr. Mt 25,1-11). El encuentro con Él, si se convierte en camino junto a Él, madura en un abrazo, en comunión del corazón.

El Evangelio está lleno de encuentros con el Señor. Meditando en el encuentro con Jesús de los apóstoles, de la Samaritana, de Zaqueo, del joven rico, de María Magdalena, de los leprosos, de los pecadores, de los escribas y fariseos, y de tantos otros, profundizamos en el encuentro único y exclusivo al que cada uno de nosotros estamos llamados a vivir con Él. También el Evangelio de los discípulos de Emaús es la descripción detallada de lo que significa encontrarse con el Señor resucitado, y en él descubrimos que Cristo ha vencido a la muerte y al pecado precisamente para que podamos encontrarlo y vivir en comunión con Él.

"Caminaba con ellos"

Emaús nos ayuda también a entender que para profundizar en nuestro encuentro con Cristo, tenemos necesidad de hacer un camino con Él, y que a menudo lo hacemos sin darnos cuenta de esto. "Mientras hablaban y discutían, Jesús mismo se les acercó y caminaba con ellos. Pero sus ojos eran incapaces de reconocerle" (Lc 24,15-16). Es Él mismo quien toma la iniciativa de encontrarnos, que nos acompaña, nos habla, nos da su Espíritu, y se queda con nosotros en la Eucaristía, en la Iglesia, para que nuestros ojos y nuestro corazón puedan abrirse al acontecimiento del encuentro con el Señor de la vida.

El encuentro con Jesús ante todo purifica nuestros pensamientos, nuestros miedos, nuestros proyectos: Jesús "les dijo: '¿De qué discutíais por el camino?' Ellos se detuvieron, con el semblante triste (...). 'Nosotros esperábamos que fuera él quien librara a Israel. Pero ya han pasado tres días desde que sucedieron estas cosas.'" (Lc 24,17-21)

Los dos discípulos de Emaús viven su presente con tristeza, sin pasión, porque cuando estaban con Jesús no miraban al futuro con la esperanza puesta en Él, sino solo con el deseo de que Él realizase sus proyectos de gloria y de poder. Por esto ahora miran al pasado sin agradecimiento, porque sus expectativas humanas se habían visto defraudadas.

Jesús les corrige y les acompaña en una purificación de su memoria, de su pasión y de su esperanza. Lo hace estando con ellos, profundizando con ellos la Palabra de Dios a la luz del Evangelio, de la Buena Nueva de la Resurrección que, si aún no ha sido escrita, ha acontecido ya y comienza precisamente a difundirse. El encuentro con Jesús, cuando toca nuestra vida, nos concede una relación nueva con todas las dimensiones de la vida y del tiempo.

El episodio de Emaús nos enseña de esta forma que el encuentro con Cristo cambia nuestra vida y la renueva solo si se convierte en un camino hecho con Él: un camino

- de corrección y conversión: "¡Tardos y duros de corazón para entender!" (Lc 24,25),
- de escucha: "Les explicó en todas las Escrituras lo que se refería a Él" (24,27),
- de petición: "¡Quédate con nosotros!" (24,29),
- de comunión: "Y estando a la mesa con ellos, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio" (24,30).

El testimonio del corazón ardiente

Solo así el encuentro con Jesús transforma nuestra persona hasta lo profundo del corazón: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?" (Lc 24,32). Solo Cristo, el Verbo que camina con nosotros, puede transformarnos en lo más íntimo. ¿Y qué produce esta transformación? Nos permite reconocer a Cristo y ver todo a su luz. Lo que antes era desilusión, tristeza y temor, de repente se llena de agradecimiento, de pasión y de esperanza.

Y es esto lo que nos hace testigos intrépidos e incansables del encuentro con Él, presente y vivo: “En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los demás que estaban con ellos, y estos les dijeron: ‘Es verdad, ¡el Señor ha resucitado y se apareció a Simón!’ Ellos, por su parte, contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan” (Lc 24,33-35).

El testimonio de Cristo se convierte, en la Iglesia y para el mundo, como en un concierto, un juego de luces que se reflejan e intensifican mutuamente. Mi encuentro con Él se refleja en el encuentro del otro con el Señor, y esto hace que el encuentro sea cada vez más cierto, cada vez más bello, vivo y real. De ahí nace una comunión, una fraternidad, una amistad que nada puede destruir, porque su fundamento no es el sentimiento, la simpatía, la coherencia, sino la experiencia compartida de la presencia viva del Señor en medio de nosotros.

El Señor se une siempre a este concierto sinfónico del testimonio del encuentro con Él, para hacer siempre más profunda esta experiencia inagotable: “Todavía estaban hablando de esto, cuando Jesús se apareció en medio de ellos y les dijo: ‘¡Paz a vosotros!’” (Lc 24,36).

Cuando en una comunidad se cultiva el testimonio recíproco del encuentro y del camino con el Señor, también el encuentro con su Presencia que da la paz aumenta de intensidad y de evidencia, no solo para los miembros de la comunidad, sino para todo el mundo.

Ver a Cristo en su Reino

Mientras empezaba a escribir esta carta en la finca agrícola de nuestras Hermanas de la Paz, a 4000m de altura, era el día de la memoria de san Carlos Borromeo, un obispo “post-conciliar” como nosotros. Me ha llamado la atención la oración de la Misa, porque me parece expresar en síntesis toda la tarea y la gracia de la vida cristiana y en particular de la vida consagrada:

“Conserva, Señor, en tu pueblo el espíritu que infundiste en san Carlos Borromeo, para que tu Iglesia se renueve sin cesar y, transformada en imagen de Cristo, pueda presentar ante el mundo el verdadero rostro de tu Hijo”.

La conformidad al Evangelio que renueva incesantemente la Iglesia no debe tanto preocuparse por transmitir un mensaje de coherencia moral, sino de reflejar en el mundo el verdadero rostro del Señor, es decir, el encuentro con Él. El verdadero rostro de Jesús es aquella mirada de amor que busca a cada ser humano con el deseo de caminar con Él. El verdadero rostro del Señor aparece en el mundo si nosotros consagramos el camino de nuestra vida al encuentro con Él, como los discípulos de Emaús, y nos dejamos coger por la urgencia apasionada de dar testimonio de esto.

Todo esto me ha llevado a un fragmento del Prólogo de la Regla de san Benito del que citamos con frecuencia una u otra “frase famosa”, pero que meditamos poco en su conjunto:

“Hermanos amadísimos, ¿puede haber algo más dulce para nosotros que esta voz del Señor, que nos invita? Mirad cómo el Señor, en su bondad, nos indica el camino de la vida.

Ciñéndonos, pues, nuestra cintura con la fe y la observancia de las buenas obras, sigamos por sus caminos, llevando como guía el Evangelio, para que merezcamos ver a Aquel que nos llamó a su reino” (RB Pról. 19-21).

San Benito sintetiza aquí todo el camino trazado por la Regla, como vocación a seguir a Cristo por el camino de la vida según el Evangelio. Nos hace comprender que nuestra vocación es ante todo ser atraídos y fascinados por el Señor: “¿puede haber algo más dulce?”. La belleza del Señor, una belleza que coincide con su bondad y misericordia, es todo el ámbito dentro del cual estamos llamados a seguirle. A Cristo se le sigue contemplándolo, deseando su Rostro. Su dulzura nos llama y atrae, y la seguimos deseando verlo, contemplarlo en su Reino. El Evangelio, antes de ser una ley, es la belleza del Verbo de Dios que encarnándose se convierte para nosotros en experiencia de vida. La tarea de la fe y de las buenas obras, más que un deber, se presenta aquí como un “ceñirse la cintura”, para correr más ligeros a responder a la atracción de Cristo y seguirle en un itinerario de vida según el Evangelio.

Jesús nos llama a entrar “en su Reino”. El Reino está allí donde vemos al Señor. No es solo un Reino futuro, un Reino más allá de la vida, porque Cristo se ha manifestado en el mundo, y nos pide y ofrece verlo en la oración y en la caridad fraterna.

Se hace cada vez más urgente para la humanidad actual, tan dispersa y herida, que quien es llamado a seguir a Jesús de cerca sea para todos esencialmente un signo de este misterio. Quien mira a Cristo, manifiesta su verdadero Rostro, y el mundo tiene necesidad de ver el verdadero rostro del Señor en la mirada de quien consagra toda la vida a “merecer verlo”. Merece ver a Cristo quien se deja atraer por su belleza más que por cualquier otra belleza. El deseo de Él sobre toda otra cosa, el deseo que su voz, su palabra, suscita en nosotros, como en el corazón de los discípulos de Emaús, es el verdadero mérito del hombre ante Dios. Al joven rico no le faltaban virtudes, sino el deseo, la preferencia por Cristo. No se dejó atraer por la belleza de Jesús, es decir, por el amor de su mirada (cfr. Mc 10,21).

¡Qué importante es que en nuestra formación inicial y permanente nos ayudemos a comprender y a vivir la obediencia, la pobreza, la castidad y la humildad como ámbitos en los que preferimos la belleza de Cristo a cualquier otra atracción! Sólo así estas elecciones y virtudes no se hacen estériles, sino que encarnan un testimonio de amor que permite también a los demás ver el verdadero rostro del Señor.

El mundo tiene necesidad del Reino de Dios, tiene necesidad que reine en él el humilde Rey crucificado y resucitado que solo sabe amar al hombre, y amándolo lo salva. Estamos llamados a desear ver a Cristo, porque viéndole a Él, reconociendo su presencia en medio de nosotros, el Reino pueda entrar en el mundo. Quien mira a Cristo cambia el mundo.

Luz para alumbrar a las naciones

Consagrar la vida al encuentro con Cristo es entonces la tarea y la gracia esencial de la vida consagrada. ¿Estamos verdaderamente concentrados sobre esta tarea en nuestra vida de oración y a través de nuestras actividades? ¿Tendemos al encuentro con Él en todos los aspectos de nuestra vida y vocación, tanto en la liturgia como en el trabajo, en la soledad como en la vida fraterna, dentro de la comunidad como en nuestra relación con el mundo?

El encuentro con Cristo es la única experiencia capaz de unificar todo lo que vivimos y unificándolo nos hace testigos alegres y serenos de una vida nueva que de otra manera sería imposible. En la relación con Él, se nos regala el céntuplo en la relación con cada persona y en toda circunstancia. La virginidad por el Reino es precisamente esta consagración al encuentro prioritario con el Señor que nos hace fecundos en todo, y ayuda a todos los miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia a vivir con plenitud y fecundidad su vocación.

Si hay algo a lo que estamos llamados a profundizar, para dar mejor testimonio de amor a la Iglesia y al mundo en este Año de la Vida Consagrada, creo que es precisamente el encuentro con Cristo. Es un tesoro que, quien renuncia a todo para comprarlo, encuentra que lo posee como don para todos.

En la parábola escatológica de las diez vírgenes que esperan al esposo, en Mateo 25,1-13, la sabiduría de las cinco vírgenes que han podido entrar a las bodas consiste esencialmente en haber tomado en serio el encuentro con el Esposo, preparando aceite suficiente. Las vírgenes necias, por el contrario, no han puesto todo su empeño en estar preparadas para encontrarlo. Pero aquellas que tenían aceite suficiente, y, por lo tanto, las lámparas encendidas, con la luz de su espera de Cristo han podido iluminar también a los demás, y el espacio de su vida en la que el Esposo debía entrar. La vigilancia cristiana es una lámpara que, encendida por Cristo, ilumina todo y a todos los que están a nuestro alrededor, revelando a todos que hemos sido hechos para encontrarnos con el Señor y para unirnos con Él que viene. Toda la realidad, toda la humanidad, está hecha para acoger a Cristo Señor. ¿Somos testigos de esto ante el mundo?

En el centro de la parábola de las diez vírgenes, se alza un grito: “¡Llega el esposo! ¡Salid a su encuentro!” (Mt 25,6). Es un grito que despierta a todos en medio de la noche y del sueño. Un grito que no se sabe de dónde viene, si de fuera o de dentro de la casa. Quizá porque es el grito que resuena del mismo Dios hacia el mundo entero, y del que toda la realidad se hace eco.

Dios y todo lo creado nos gritan la tarea esencial de la vida: salir de nuestro sueño, de nuestra cómoda casa, para aceptar el encuentro con Cristo que está a la puerta y llama para entrar. Quien Lo acoge no es llevado fuera de su realidad cotidiana: vuelve a entrar en ella, como las vírgenes prudentes, junto con el Esposo, para que la realidad cotidiana de la vida se convierta en el lugar de las bodas de Dios con la humanidad, con nosotros y con todos.

Cada día deberemos despertarnos del sueño y preguntarnos qué salida de nosotros mismos se nos pide para ir al encuentro con Cristo, para permitirle entrar en nuestra jornada y celebrar la fiesta continua de la comunión con Él en todo, con todos, siempre.

Sabemos – y san Benito no deja de recordárnoslo – que Cristo quiere que salgamos a su encuentro en el prójimo en quien está presente, en el pobre que pide nuestra atención, nuestro amor, nuestro tiempo y nuestros talentos. Sabemos que nos pide salir a su encuentro en cada aspecto de la vida comunitaria, comenzando por la oración común, pero también en la obediencia, en el silencio, en la renuncia a tantas distracciones inútiles y dañinas. Sabemos que Cristo nos pide salir a su encuentro también haciéndole un espacio de escucha y de amor en nuestro corazón. ¡Qué lejos estamos de nuestro corazón hecho para encontrar a Dios!

“¡Llega el esposo! ¡Salid a su encuentro!”

Quizá deberíamos entender la pobreza, la obediencia, la castidad y la estabilidad comunitaria que profesamos, y toda la “*conversatio morum*” benedictina, precisamente como un “salir al encuentro con Cristo Esposo”. Esto nos ayudaría a vivir nuestra vocación con verdad, con humildad, con ardor. Esto nos ayudaría a salir del sueño, de la noche, encendidos como lámparas que de verdad pueden dar luz al mundo entero.

El tiempo de Navidad finaliza con la solemnidad de la Presentación del Señor, que es también la fiesta de la vida consagrada. El anciano Simeón en el cántico que la Iglesia nos hace recitar en Completas, es el modelo de la vida consagrada porque ha vivido solo para ver a Cristo y, viéndolo, ha visto en Él la “luz para alumbrar a las naciones” (Lc 2,32).

Esto es precisamente lo esencial de nuestra vocación con respecto a lo cual deberemos verificar nuestra fidelidad, toda nuestra tarea: vivir para ver en Cristo el Rostro, la Luz, que da la plenitud a la vida de todo ser humano. Y mirándole a Él, manifestarlo a todos.

Que el Adviento y las fiestas de Navidad, así como todo el Año de la Vida Consagrada, nos permitan profundizar en nuestro encuentro con Jesús, siempre, con todos y en todo, y preferirlo a cualquier otra cosa, ¡por amor de toda la humanidad!

Vuestro



Fr. Mauro-Giuseppe OCist
Abad General